

# LA GRIETA



Marc Javierre-Kohan · Jesús Martínez



# LA GRIETA

el burofax

Fotografía y diseño: Marc Javierre-Kohan

Texto: Jesús Martínez

Barcelona, 2024













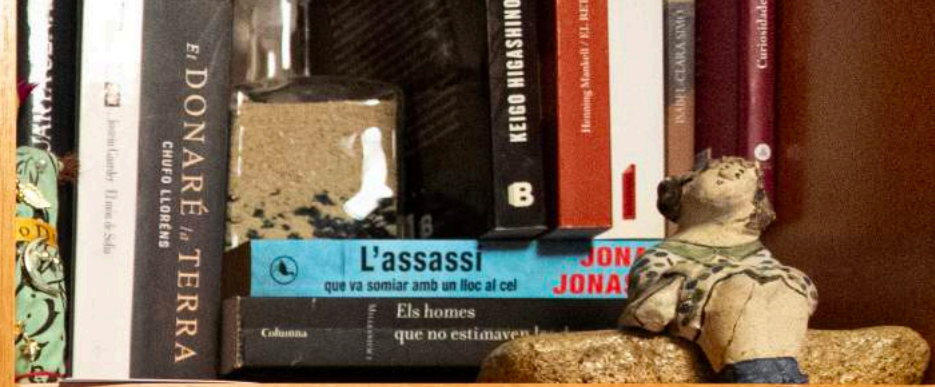
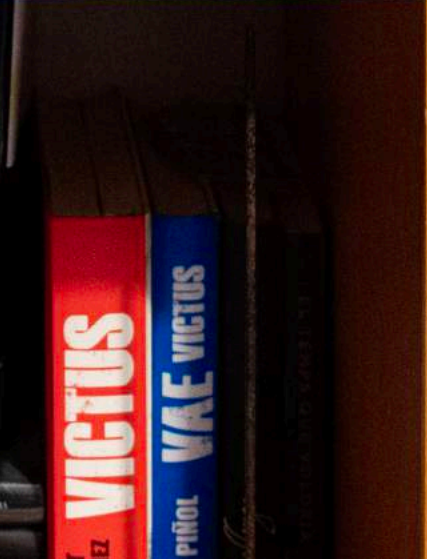












# LA GRIETA

## EL BUROFAX

### **El caso de una familia barcelonesa a la que quieren echar de la casa en la que ha vivido casi cien años**

«Los objetos amables se desuncen / de sus formas templadas y usuales. / Desisten de su nombre y su certeza. / Se olvidan de sí mismos y se quedan / en un rincón sin sitio de costumbre, / en el borde del mundo conocido.»

En el poema «Extravíos», los objetos del poeta Carlos Barral se saludan y se despiden.

Antes de perderse o ausentarse, las cosas básicas, cotidianas, han sido fieles en su cometido.

Cinco generaciones de una misma familia han pasado por la misma casa, adornada o decorada o forrada con las mismas posesiones, aquellas que los primeros legaron a los segundos y los segundos a los terceros y los terceros a los cuartos y los cuartos a los quintos.

La quinta generación, la de Marc Montalà, bebe de la primera generación, la de su rebesàvia.

El domicilio en cuestión, de dos plantas, la *amanita muscaria* de los Pitufos, se encuentra en la calle de Otger, 14, entre la calle de la Fàbrica y Gran de Sant Andreu, y junto a los jardines de Can Fabra, en Sant Andreu de Palomar, uno de los siete barrios del distrito de Sant Andreu (Barcelona).

Actualmente, en Otger, 14, residen la mare de Marc, Lluïsa Flaquer, y la seva àvia, Emilia Garcia, de 90 años, vecinos superconocidos de toda la vida.

Desde hace unos meses les asalta la incertidumbre, les falta el aire, andan con la soga al cuello. La propiedad, que no ha respondido a los requerimientos de Reportero Jesús, tiene la intención de derruir el inmueble y construir un bloque de viviendas como el que se ha erigido en la finca adyacente, en Otger, 10-12.

Las grietas recientes que recorren la casita como afluentes tributarios se deben a los movimientos de la maquinaria pesada durante los meses de edificación de la nueva obra.

Emilia y Lluïsa, vecinas de la calle de Otger, 14, en el distrito de Sant Andreu de Barcelona, han comunicado los desperfectos al arrendador, Gabriel Ribó, cosí germà de los dueños de la inmobiliaria Finques Campanyà (*«Te ofrecemos un amplio*

# LA GRIETA

## EL BUROFAX

*abanico de servicios inmobiliarios en Barcelona*): «Por favor, hagan una valoración de los daños».

Pasadas las semanas, a Lluïsa le ha llegado un burofax demoledor, un burofax informe, un burofax que podríamos bautizar como Damien: «La arquitecta estima los trabajos de reparación de los desperfectos en un TOTAL COSTE de 14659 euros + IVA (no incluye reparar las grietas de las fachadas)».

Una manera de hacer acoso inmobiliario, según Lluïsa, es no arreglar nada.

No arreglar, no componer, no avenir. Desarreglar.

Los abogados que representan a Gabriel Ribó han dejado claro que no tienen nada que ofrecerles y que seguirán adelante con la petición de derribo.

Se acogen al artículo 62 de la Ley de Arrendamientos Urbanos, de 1964 (Ley 40/1964, de 11 de junio), reformada en 1994 por el entonces ministro de Obras Públicas, Transporte y Medio Ambiente, Josep Borrell (Ley 29/1994, de 24 de noviembre).

Ahí figura un supuesto por el cual el administrador puede recuperar la propiedad si pretende alzar una «colmena plurifamiliar»: «No tendrá derecho el inquilino o arrendatario a la prórroga legal en los siguientes casos: [...] Cuando el arrendador proyecte el derribo de la finca para edificar otra...».

Por disfrutar de alquiler de renta antigua, Emilia paga 54 euros mensuales.

Cualquiera de los apartamentos contiguos cuesta más de trescientos mil euros.

Al igual que el humanista Anthony J. Cascardi aborda el periodo de la Ilustración mediante los óleos de Francisco de Goya –en *Francisco de Goya and the Art of Critique*–, Reportero Jesús repasa el siglo XX y el siglo XXI a través de la saga familiar en la casa en la que todos ellos se establecieron: Otger, 14.

Cinco generaciones, de la quinta (Marc Montalà) a la primera (Josefa Pepa Pareja).

El guionista Antonio Altarriba dice en *El arte de volar*: «desciendo de mi padre, soy su prolongación».

Joan Garcia es una prolongación de Pepa Pareja; Emilia Garcia es una prolongación de Joan Garcia; Lluïsa Flaquer es una prolongación de Emilia Garcia, y Marc Montalà es una prolongación de Lluïsa Flaquer. ■

# 5. Marc Montalà

## El rebesnet / El tataranieto

BUROFAX: «En función de la antigüedad de la finca, su actual estado según el citado informe, la total irrentabilidad [sic] del actual alquiler, la inviabilidad económica de hacer una reforma integral y el hecho de que, con independencia de cuál sea el estado de la finca, la normativa urbanística nos permite...».

El profesor Thors Hans Hansson se encargó de leer el discurso por el que se concedía el Premio Nobel de Física del 2021 a tres eminentes investigadores: el japonés Syukuro Manabe, el alemán Klaus Hasselmann y el italiano Giorgio Parisi.

De ellos, el mencionado Thors, especializado en la superconductividad y en la materia condensada, destacó su aportación académica: «Innovadoras contribuciones a nuestra comprensión de los sistemas físicos complejos».

Los tres galardonados por la Academia Sueca, Manabe, Hasselmann y Parisi, han cooperado para desarrollar la «fluctuación y la variabilidad» de la teoría de las redes.

¿En qué consiste la teoría de las redes?

El físico por la Universidad de Barcelona Marc Montalà (Barcelona, 1991) lo define de esta manera: «Unidades individuales que se interconectan entre sí. Diferentes nodos con mucha conexión implican una red fuerte. Y los *hubs*, unidades aún más grandes, sirven de nexo entre diferentes nodos. Pero esto se destroza cuando se debilitan los nodos, cuando se desconectan los *links*. El sistema se resiente».

Marc Montalà ha titulado su tesis, a punto de ser depositada: «*Functional connectivity at multiple scales. From neuronal cultures to human brain*» (Conectividad funcional a múltiples escalas: de los cultivos neuronales al cerebro humano).

Marc ha nacido en uno de los nodos de la teoría de redes que sustenta: la casa de chocolate y jengibre en la calle de Otger, 14, en Sant Andreu de Palomar, pueblo integrado en el distrito de Sant Andreu, uno de los diez distritos de Barcelona.

«No llegué a conocer a quienes me precedieron», se lamenta este doble de los hermanos Hernangómez, con una incipiente barba garibaldiana y armado de doctrinas desbloqueadoras, intermediarias, que ayuden a tender puentes, aunque sean puentes de plata.



A Marc no se le cayó ninguna manzana Fuji en la cabeza. Fill únic, con els seus pares, Lluïsa Flaquer y Josep Montalà, veraneaba en la localidad tarraconense de Bonastre, con su iglesia dedicada a santa María Magdalena, discípula de Jesús. En la ornamentación del templo colaboró el modernista Josep Maria Jujol, discípulo de Antoni Gaudí.

En Bonastre, a ocho kilómetros de la costa, Marc escrutaba el cielo nocturno mediante un telescopio newtoniano de montura ecuatorial, un aparato voluminoso que para un niño de siete años simbolizaba la cabeza de un dragón, con su cuello tensado y sus membranas de fuego.

«Entre las viñas, íbamos a ver las perseidas y las constelaciones», se conmueve, aún con las remembranzas de las uvas que consagrarían los Pinot Noir, los Maurel Chardonnay y los Nara Crianza.

Ocurrió que, en una de esas noches gemínidas y perrunas por la nula contaminación lumínica, y separados por una recta aproximada de mil trescientos millones de kilómetros, Marc, con el ojo en el ocular, vislumbró el planeta de Saturno, rodeado de siete anillos de hielo y roca.

La visión aún le trastoca.

«Me preguntaran lo que me preguntaran yo solo tenía una respuesta: “Quiero ser astrónomo”», resuelve.

Uno de los directores de la textil Fabra i Coats, Camil Fabra, se aficionó tanto a la astronomía que, en 1904, sufragó los costes del Observatori Fabra, con su poderoso telescopio refractor.

Camil Fabra llegó a ser alcalde de Barcelona, como su único hijo, Ferran Fabra.

En Otger, 9, casa de 1890, se homenajea *El principito*, con el asteroide B 612 de papel de periódico y pegamento colgando de una de las rejerías.

En el 2021, en la pospandemia, Marc se mudó a un pisito del paseo de Maragall, en Camp de l'Arpa, en El Clot, en el distrito de Sant Martí.

Se llevó ropa (vaqueros, jerséis de punto), aparejos (ordenador y sus componentes, el cableado con el que traza enunciados sin solución) y libros (del *Harry Potter y la piedra filosofal* al *Harry Potter y las reliquias de la muerte*, de J. K. Rowling; *L'ombra del vent*, de Carlos Ruiz Zafón; los cuentos de Edgar Allan Poe, más la saga sobre Artemis Fowl, del escritor irlandés Eoin Colfer, y otros pequeños *Moby Dick*).

De noche, en la habitación, rebotaba la luz cinérea, las bodas de los satélites y los titanes que les asisten.

En el meollo de la mudanza, no empaquetó la lamparilla de bola de cristal con el sistema solar.

Ni la bufanda del Futbol Club Barcelona, que agitó en los partidos de baloncesto, cuando el yugoslavo Nikola Mirotić encestababa los triples.

Ni los frascos.

Ni las mascarillas FFP3.

En esa habitación durmió su rebesàvia, Pepa.

Marc Montalà escogió dirigir sus pasos hacia la física, porque allí también reposan pedacitos de estrellas.

Marc inserta en sus correos electrónicos esta frase del divulgador Carl Sagan: «Somewhere, something incredible is waiting to be known» (En algún lugar, algo increíble está esperando a ser conocido).

La física une espacio y tiempo, como planteó Albert Einstein.

«Solo el individuo aislado puede pensar. Desde allí descubrirá nuevos valores y formulará normas morales que sirvan para la vida de la comunidad», apela a la consecución de un mundo mejor el autor de la teoría de la relatividad, que a lo largo de los años fraguó los pensamientos de la contemporaneidad en sus memorias, *Mi visión del mundo*.

Los premios Nobel de Física del 2021 beben de la motivación del psicólogo Kurt Lewin, el padre de la teoría de las redes en el campo social.

Aquello de los nodos y la interconectividad, pero atribuido a lo más cercano, a lo tangible: a los casales, las agrupaciones y los barrios.

El antropólogo John Arundel Barnes lo constata en las relaciones interpersonales: «Una red social es un conjunto de puntos, algunos de los cuales están unidos por líneas. Los puntos son personas o grupos, y las líneas indican que los individuos interactúan mutuamente».

Uno de los directores de la tesis del físico Marc Montalà es un psicólogo, el doctor Joan Guàrdia, actual rector de la Universitat de Barcelona.

Marc, que une biofísica con biogeología, demuestra con la teoría de las redes lo que concierne a Sant Andreu de Palomar.

«El tejido se pierde por el flujo histórico, las nuevas generaciones reciben con menos intensidad el relevo», explica con la perspectiva del materialismo dialéctico.

A esto le añadimos el boom inmobiliario y el cóctel se torna explosivo.

Sigue Marc: «Este barrio tiene mucha vida, hay movimiento, y me gustaría vivir aquí, pero es imposible porque los precios están por las nubes, disparados, una locura. El proceso de la especulación inmobiliaria lleva consigo la expulsión de la gente del barrio. ¿De qué manera? Presionando, presionando, presionando... hasta que abandonas».

En verdad, la frase que pronuncia Marc finaliza así: «Hasta que abandonas... o hasta que l'àvia se muera».

L'àvia se llama Emilia Garcia y justo ha cumplido 90 años, nueve décadas de esfuerzo, años en los que ha padecido y en los que ha gozado, una canción infantil que dura más que una vida, escrita con los versos de Paul Éluard: «Por el pájaro enjaulado / por el pez en la pecera / por mi amigo que está preso / porque ha dicho lo que piensa / por las flores arrancadas / por la yerba pisoteada / por los árboles podados / por los cuerpos torturados / yo te nombro, Libertad».

El seu net, Marc, contextualiza la situación de «asedio inmobiliario»: «Nosotros recibimos con sorpresa el burofax [el burofax Damien]. Nos sentó mal, por lo agresivo. Ya veníamos de una situación emocional complicada, por la pandemia y la pospandemia, y ahora que te digan que te vayas... Se te rompen los esquemas».

A su juicio, la propiedad se ha instalado en el no: «No quieren negociar ni una mínima obra de adecuación. Se escudan en las grietas, pero no las tapan... Quieren que rescindamos el contrato».

No es de extrañar, por lo tanto, que Marc Montalà se mueva en la órbita de la organización Joves Comunistes, la rama juvenil de Comunistes de Catalunya, reconversión del Partit dels i les Comunistes de Catalunya, y cuya sede se encuentra en la calle de Liuva, 39, en Sant Andreu de Palomar.

«Yo creo en la lucha de clases», hace hincapié Marc.

Los *fondos buitres* también creen en la lucha de clases.

Al nobel Syukuro Manabe no le han desahuciado de sus residencias en Egipto y Venezuela. Dio clases en la Universidad de Princeton, donde se refugió Einstein.

Al nobel Klaus Hasselmann no le han desahuciado de su chalé en la Isla de Sylt, en el mar del Norte.

Al nobel Giorgio Parisi no le han desahuciado de su apartamento en Roma.

A Emilia Garcia, l'àvia de Marc Montalà, sí la quieren desahuciar de su casita desde 1936.

Emilia hace ganchillo, tapetes, hermosos patrones de mandala. Con siete años, montada en la bicicleta con la que le habían obsequiado las tropas expedicionarias del general Yagüe, Emilia recorría el pasillo de arriba abajo, una ratoncita sin miedo a lo vertiginoso, despreocupada de los asuntos de los mayores, y despreocupada de los atuendos estrambóticos de unos soldados desastrados, faltos de lo básico, entecos y consumidos por la humedad y las fiebres tras una guerra extenuante, agotadora, infernal.

La infancia de Emilia, a quien le faltaba el cariño de un padre ausente –preso–, se nutrió de la carestía, del vacío, de una nada inmensa, una nada que noveló Carmen Laforet («no hay final en nuestra historia hasta que llega la muerte y el cuerpo se deshace»). La nada de la nada más miserable, la nada que se comió los Krampus, los monstruos de Adviento.

En ese mismo pasillo, en esos cinco metros que unen el saloncito con el comedor, una glaciación después, el net de Emilia, Marc, jugaba a las porterías, con un balón de plástico, de pvc, pentagonizado en su geometría.

«Mi infancia transcurrió plácida y tranquila, feliz y sencilla», echa la vista atrás Marc, confortado por las virtudes de sus ancestros, las virtudes romanas: *prudentia* (prudencia), *iustitia* (justicia), *temperantia* (templanza, autocontrol) y *fortitudo* (coraje).

En ese mismo pasillo, por los canales de gres, debajo del tablero de haya alistonado, se reencontró consigo mismo el Joan rojinegro, el besavi, que nunca renegó de la utopía: el progreso alienta a la humanidad, le da fe, esperanza.

Joan Flaquer, el sogre de Emilia, el besavi de Marc, coloreaba las fotografías sepia, acartonadas, de dudoso gramaje, satinadas, amoratadas, rasgadas, mustias.

«En el terrado, una especie de desván, había arrinconada una cámara prehistórica, de esas de cortinilla, con la que practicaba también el meu avi, Lluís», repasa mentalmente Marc, que pone fin a la historia de la cámara de fuelle y placas de acetato, de marrón jaspeado, con esta sentencia: «Nos entraron a robar y se la llevaron».

En ese mismo terrado, el besnet de Joan, Marc, tiraría bolas de nieve al patio interior en la nevada del domingo 21 de noviembre de 1999.

Marc dio el estirón, fortaleció los músculos, practicó deporte. Se unió al SAFA Sant Andreu, el equipo del instituto en el que cursó la formación reglada, el Sagrada Família, en la calle de Arquímedes, 60.

Imbuido del espíritu de superación que emana del jugador más internacional, Pau Gasol, fichó por la Secció Esportiva Santa Eulàlia (SESE), en Virrei Amat, en el distrito de Nou Barris. De 1,94 metros, juega en la posición de pivot, debajo del aro. «También he seguido a La Peña [Club Joventut Badalona] y al Bàsquet Girona de Salva Camps», complementa.

Con esa capacitación de optar por lo sostenible, Marc sigue cogiendo la *mountain bike*, y emprende cada fin de semana, o cada dos fines de semana, o cada tres, la ruta que en su momento le embelesó: cruza los jardines de Can Fabra con su puente japonés –a la mare le encanta el takoyaki–, toma la calle de Sant Adrià en dirección al Bon Pastor, pasa el parque de la Maquinista, cruza la calle de la Formiga, toca la ronda del Litoral y se adentra en el parque del Molinet, la vía verde.

La transformación física de Marc, la maduración de un niño de ojos chicos a un Biriukov versión mini, coincide con el proceso evolutivo de especulación urbanística en Sant Andreu de Palomar, poble de unos sesenta mil habitantes.

Buena parte de ellos ya han alcanzado la tercera edad, que es la edad del tercer mundo, un infinito sometido al correctivo de las leyes naturales.

En la revista *L'express de Sant Andreu*: «Mor una dona en un incendi al carrer de Servet». Una dona de 90 años, como Emilia. La pirámide de edad del Departament d'Estadística i Difusió de Dades del Ajuntament de Barcelona (2021) sufre los vaivenes de la deslocalización, no solo de empresas sino de personas. Consigna Marc: «La gente ha envejecido, y muchos han ingresado en residencias de día. La mayoría de mis compañeros ya no vive en Sant Andreu, porque es prohibitivo lo que cuesta el alquiler».

No se puede formar parte con plenitud del tejido asociativo de Sant Andreu de Palomar desde la lejanía, a una distancia de diez, cincuenta o cien kilómetros.

El grupo de amigos de Marc, en esta parte de Barcelona, se ha reunido en sus bares característicos: el Íkero/LeChamp, en el paseo de Torras i Bages, 24; el Several, en Gran de Sant Andreu, 165, y la Lira, en Coroleu, 15. Y en la cervecería El Racó de Sant

Andreu, en la avenida de la Meridiana, 414. Alguna vez pisó la cafetería Colombia, de 1913, en la Rambla de Fabra i Puig, 1, la cueva de los amantes del jazz, la cara b del Versailles, el café preferido de la mare.

En la calle de Otger, adoquinada hasta hace tres décadas, también había el bar Ventura, junto al taller mecánico regentado por un tal Valverde. Del taller y del bar no queda nada. En su lugar, más cemento.

Solo aguanta el Cañas (*«El mejor pulpo y la mejor tortilla de Barcelona»*).

Abrió en 1982, y tiene enmarcada una instantánea de Sant Andreu de Palomar en el siglo XIX, con los cupés de cuatro ruedas, de cuando los pageses vendían directamente en el mercado los productos de temporada.

Según el nomenclátor del Ajuntament de Barcelona, el nombre de la calle de Otger se aprobó en 1907 (antes, se denominaba Don Juan Prim, el militar y político de Reus que presidió el Consejo de Ministros de España).

Homenajea a Otger Cataló: «Personaje fabuloso, imaginado para explicar el origen del mot catalán y dar unos precedentes a la reconquista catalana, precedentes independientes y anteriores a la intervención franca. Compañeros de Otger, gobernador de Aquitania (734), fueron los Nueve Barones de la Fama: Dapifer de Montcada, Galceran de Pinós, Hug de Mataplana, Guillem de Cervera, Guillem de Cervelló, Pere Alemany, Girbert de Ribelles, Roger d'Erill y Ramon d'Anglesola. Juraron con Otger, en su castillo de Cataló, venganza y guerra contra los moros en defensa de la fe y por la liberación de los países ocupados».

Países ocupados.

Casas ocupadas.

Del centro social autogestionado La Gordíssima, en la calle de Gordi, 1: «Ante la agresiva situación de la especulación urbanística que se vive en Sant Andreu de Palomar y la inexistencia de ningún espacio autogestionado, hacemos saber que a partir de hoy nos ponemos a trabajar en este espacio autónomo».

Asimismo, se han salvado las casas de la calle de Pons i Gallarza, adquiridas estas por el Ajuntament de Barcelona, «el primer proyecto de masoveria urbana del parque público» (el masover hace las restauraciones convenientes a cambio de seguir viviendo en el mismo sitio).

Una semana atrás, Marc miraba escaparates y una señora mayor se le acercó:

—¿Tú eres el net de la Emilia?

—Sí.

—Què gran t'has fet? Feia temps que no et veia.

—Es que ya no vivo aquí, ya me independicé.

—Quina pena que hakis hagut de marxar.

Cayó en viernes el 13 de octubre de 1933, el día en el que nació Emilia Garcia, l'àvia.

Los diarios publicaban *spots* sobre «pisos espaciosos en casa moderna»: «Pisos de una sola planta, de doce mil palmos, propios para familia numerosa».

Las noticias de las que daba cuenta versaban sobre el congreso del Partido Radical Socialista en París, sobre los escritores «ultrarrojos», sobre el aplazamiento de las elecciones municipales, sobre la exportación de frutas y verduras, sobre la nueva película de Buster Keaton (*Piernas de perfil*), sobre un parricidio en Tortosa, sobre las demandas de sirvientas de «todas clases» y sobre las violentas «actividades nazistas».

Emilia Garcia ha dejado de hacer ganchillo.

Se enchufa a la quinta generación del televisor (sucesora de los Zenith y los Telefunken) y se adormece con el ruido de fondo del fricandó y los platos deliciosos en el programa del chef loco –magret d'ànec amb salsa de foie.

Ya no lee. Antes las revistas del corazón le pellizcaban la curiosidad («*La herencia que ha dejado Concha Velasco a su familia*»).

Las revistas, en el revistero.

Y el *assemblage* de libros, en la biblioteca familiar, en los estantes centrales del saloncito, la oficina particular de sa filla Lluïsa: *El círculo mágico*, de Katherine Neville; *La biblia de fang*, de Julia Navarro; *El misterio del Priorato de Sión*, de Jean-Michel Thibaux; *La alianza del converso*, de Agustín Bernaldo, y *El cuento número 13*, de Diane Setterfield, que desvela los secretos familiares en la finca embrujada de Angelfield.

El 13 de octubre del 2023, Emilia cumplió 90 años.

En el cenáculo familiar, una especie de sanedrín doméstico, se decidió que l'àvia no necesitaba cosas, ni agasajos, ni más etiquetas ni más poemas-objeto de los que interesaban al artista Joan Brossa.

«Vamos a regalarle tiempo, experiencias», tomaron la iniciativa les filles, Lluïsa y Esther.

En el márketing experiencial o neuromárketing, el consumidor compra sentimientos y emociones, «se crea una conexión entre marca y consumidor de una manera más directa y cercana [...] para atraer al cliente y conseguir su lealtad» (Rodríguez Jiménez, 2015).

En el márketing de la familia Flaquer, la lealtad se ha forjado durante generaciones, a prueba de bombas, en una casa que se ha mantenido intacta durante más de un siglo, sin reformas estructurales de ningún tipo, solo con pequeños apaños y la pintura Bruguer blanco nieve mate.

«Vamos a regalarle a l'àvia experiencias con nosotros para que conserve más vivencias con su familia en el tiempo que le quede de vida», recogieron el guante los nets.

El poeta Algernon Charles Swinburne dice en «*The Triumph of Time*»: «Por más que el gozo se haya terminado y sea vana la pena, / el tiempo no podrá del todo dividirnos».

De esta manera, se ha iniciado una secuencia de acciones y reacciones que se alarga y que traspasa la efeméride en sí.

A Emilia le ofrendaron una suculenta comilona en el restaurante Öüzö, en la calle de Joan Torras, 26. De su web: «En Öüzö, nos basamos en cinco pilares fundamentales para poder ofrecer una experiencia única a nuestros comensales:



la calidad del producto, la creatividad de los cocineros, la variedad de platos y sabores, el respeto a los clientes y una buena relación calidad/precio».

Los cinco pilares, las cinco generaciones.

El miércoles que viene, les filles, Lluïsa y Esther, la sacarán de casa para invitarla a unos chocolates con churros en la calle de Petritxol, la calle de los Dulcinea y los Pallaresa.

El net, Marc, con un máster en neurociencia, le ha agendado una cena especial en su nido recién estrenado, en El Clot.

Laia, la filla de Elisa, una de las bessones de Esther, le ha brindado un partido de baloncesto.

Con ocho años, juega de alero en el SESE, que se enfrentó contra los Lluïsos de Gràcia. Quedaron 6-25. Vencieron los de Gràcia.

Estos días, Emilia ha llorado las lágrimas de San Lorenzo que tanto la han asombrado.

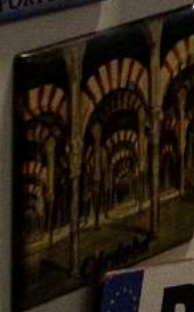
La mare de Marc se llama Lluïsa, la cuarta generación.

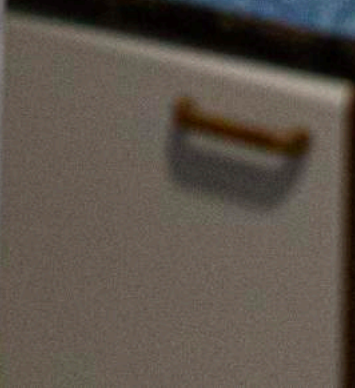
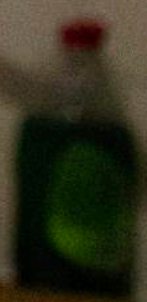
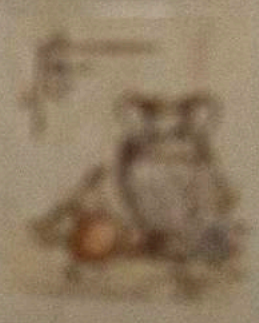
L'àvia de Marc se llama Emilia, la tercera generación.

La besàvia de Marc se llama Antònia, la segunda generación.

La rebesàvia de Marc se llama Pepa, la primera generación.

Marc representa la quinta generación.









Libre de BPA & PFOA

MYWAVE

Panel digital con luz led

6 en 1

6 programas inteligentes

Auto-cocción

# 4. Lluïsa Flaquer

## La mare / La madre

BUROFAX: «...nuestra arquitecta nos ha presentado el peritaje sobre el estado general de la vivienda que Usted tiene alquilada, peritaje del que queremos reseñar los aspectos principales a modo de resumen, poniendo a su disposición el documento completo. Patologías detectadas y origen de su causa: grietas/fisuras en el vestíbulo y en la escalera de la vivienda...».

Lluïsa Flaquer (Barcelona, 1961) no se echa la siesta. A las tres y media se la puede sorprender sentada frente a la computadora, a la que apenas le da el sol, un ordenador al que solo le falta la mantita de franela.

El salón de su casa, en Otger, 14, sabe a menta. En las dimensiones de un tresillo esquinero, una estantería con los objetos amables que la ilusionaron.

«Cobran vida, detrás de ellos hay historias», musitará con la musicalidad con la que podría mecer en los brazos el *mouse*.

La lista no es larga, y en ella cabe lo imprescindible: *El tercer gemelo*, de Ken Follett; *Chamán*, de Noah Gordon; *El ocho*, de Katherine Neville, y *Et donaré tot això*, de Dolores Redondo.

Un conglomerado de reseñas necesarias para la literatura negra, las pistas de un asesinato, el adelanto literario del capítulo que a ella la consume.

El papel del burofax que le ha enviado a Lluïsa el dueño de la parcelita en la que nació, Gabriel Ribó, posee una tonalidad desvaída, el mismo color que causa en quien lo lee una indigestión, un cólico o un empacho.

Se le apercibe de que ya se agotó la validez del pacto por el que moran en la hacienda de 1900, o de finales del siglo XIX, en la que reside su familia desde 1936, el año de los desvelos en el que España se jodió. Que ya no es una casa como cualquier otra casa, con sus cargas aplicadas, la plomada del polvo y la memoria sobre el alféizar. Una casa normal y corriente, formada de apiñonadas paredes, ventanucos y techumbre, bajo las nubes relucientes del mediodía.

El burofax 50840 le conmina, le avisa de que los desperfectos no serán reparados, porque no existe la voluntad de repararlos (esto se trasluce de las conversaciones con los vecinos, que desconocen el burofax, escrito con la mediocridad

bursátil de los burofaxes: del *benvolgut* al *ben atentament*, salpicado de gotitas de quinina: condiciones y consecuencias; predisposiciones y el verbo por tan temido esperado, ENDERROCAR: «la nostra decisió és procedir a enderrocar...»).

Lluïsa teletrabaja a la hora de la siesta.

Hace días que debajo del ratón negro, encima de la alfombrilla, descansan las tres hojas que trajo el ciego Pew de *La isla del tesoro*, paperas tamaño folio. El burofax.

Desde hace dos décadas, se emplea en la multinacional alemana de logística Rhenus Logistics («*Miramos hacia el futuro*»).

Con ella, la cadena de suministros no se rompe.

«La logística no es una ciencia exacta. A veces, sabes cuándo sale el envío y posiblemente cuándo llega, pero entre medias hay muchos imponderables», filosofa.

Antes, hace la tira, trabajó en Copy Service, la copistería de Sant Andreu, la única copistería del barrio de Sant Andreu de Palomar, cerca del río Besòs, hacia arriba, un poquito a la derecha.

Estuvo quince años allí.

En su día, como la mare, estuvo ligada a la Associació de Veïns i Veïnes, cuando el PSUC repartía leña y repartía panfletos y la consigna «obrero en huelga» sonaba a algo digno, nada desvirtuado.

Lluïsa se aparta el cabello que le envuelve el lóbulo de la oreja –en la claridad asoman los pendientes, las perlititas que dieron suerte a las bellas damas del celuloide, de Grace Kelly a Greta Garbo.

Se estira el suéter, ropa de entretiempo, de manga corta, en un noviembre apenado con olor a castañas asadas. Su atuendo, de negro grafito, entre *ink* y *raven*, combina con una faldilla, la mitad de un kimono.

Nunca se le vio la cara al gato, que la acompaña porque existen evidencias circunstanciales (sílice, arena, bocaditos en salsa tipo Whiskas).

El gato se llama *Poruc*, porque tiene mucho miedo.

Los hombres de negro, que son los hombres del saco, se llevan a los inquilinos y a sus gatos.

En la biblioteca Ignasi Iglésias-Can Fabra se pueden reservar ejemplares de la crónica *Los intrusos*, de Carlos Manuel Álvarez, remedo de los dibujos de Tom y Jerry en la Cuba de los barbudos Castro: perseguidos y perseguidores.

En *Los intrusos*: «Vino una mujer y se llevó el pasaporte. Vivíamos acostumbrados a la parsimonia del sobresalto, la expresión burocrática del susto».

La expresión burocrática del susto también la adquiere el burofax.

La biblioteca, en el recinto de la Fabra i Coats, está rodeada de mensajes subversivos, los mismos que pintaría el besavi Joan: «Si ves a alguien robar comida, no has visto nada», «No sentir rabia es privilegio» y «Menys empenedoria, més drets laborals».

De las hilaturas, las bolas de algodón Anchor y los torcidos de lino solo quedan eso, las placas: «En reconeixement a totes les dones treballadores i especialment les filatores, teixedores, devanadores... i altres oficis de la Fabra i Coats» (En reconocimiento a todas las mujeres trabajadoras y especialmente las hiladoras, tejedoras, devanadoras... y otros oficios de la Fabra i Coats).

«Esto perteneció als meus avis, a una tieta de la meva mare, o als meus besavis... Siempre ha estado aquí.»

Esto hace tictac. Un reloj de escritorio retro o *vintage*, con números arábigos y la forma de una lechera.

Lluïsa lo coge con delicadeza, lo palpa con sumo cuidado, respetando las agujas que circulan midiendo el tiempo doble, en un *flashback* y un *forwardback* constantes, disímiles, inconexos.

Se acuerda de la familia. Detrás del reloj, los tomos más leídos: *L'església del mar*, de Ildefonso Falcones, con el lomo robusto, cantante, limpio Garnier. Y al lado del reloj, ya una reliquia, otro recuerdo familiar de arcilla: la figurita de un ramo de flores que el hombre regalaba a la mujer en las fiestas anuales, el Ball de Rams.

«El Ball de Rams de Sant Andreu de Palomar s'havia ballat tradicionalment per la festa major del barri, però a finals del segle XIX es va perdre», repone el Ajuntament de Barcelona en un destello de su página web.

El salón en el que se esparce Lluïsa rezuma la gracia de una casa que ha visto sucederse ciclónicamente, en cada periodo o época a lo largo de tres siglos y dos milenios. Construida a finales del mil ochocientos, el primer plano disponible en el catastro data de 1900. Número: 2475142DF3827E0001PM.

«Parcela construida sin división horizontal», se anota.



La casa de la primera planta, habitada por Lluïsa y la seva mare, Emilia, ocupa unos setenta m<sup>2</sup>. En el bajo, un almacén de 138 m<sup>2</sup> que en su día albergó un negocio de compraventa de aceites y vinos.

El 14 de Otger constituye uno de los últimos edificios primigenios que perduran en esa calle.

Con el adjetivo *antiguo* también se designa el reloj de mesa con diales y subdiales que compró o heredó la besàvia o la rebesàvia, que sigue dando las horas para que la histeria no nos confunda. En la película *Top secret*, un reloj impide que los encerrados se vuelvan locos.

En 1900, Pablo Picasso exponía sus dibujos en la taberna de Els Quatre Gats (Montsió, 3), donde hoy los turistas se toman unos mejillones en escabeche que les salen por un ojo de la cara.

En este recogimiento en el que Lluïsa se sienta o permanece de pie, labora o se enfrasca en la lectura, las cosas bailan con sus propios pasos, su propia versatilidad.

A la decoración del salón le sumaremos: un *souvenir* de Japón, la puerta sagrada, un arco torii; una máscara africana, exacta a la que el imberbe Picasso se inspiró para retratar a las prostitutas de la calle de Avinyó; un dibujo *gouache* de Tintín, con su tupé de roquero *premodé*; el sifón de los años en los que los guateques antecedían al botellón; un juego de té del Atlas; marionetas de rabinos; archivadores estilo Miquel Rius; la Torre Eiffel con sus cuatro patas estrambóticas; el flexo blanco como el casco Stormtrooper; la luz difusa del atardecer que alimenta los muebles y les da una pátina irresistible y el alabastro de un mercader de alfombras en los adueros del desierto, cerámica del sur del sur.

Desde este punto, desde el salón, Lluïsa se siente fuerte, el centro del universo gira en torno de un espacio delimitado por el revestimiento de madera de pino.

Aquí creció.

Aquí jugó con la seva germana, Esther (Barcelona, 1958), con quien se sigue viendo. Esther tuvo bessones, Lara i Elisa Altieri (Barcelona, 1984).

Aquí se vistió de novia. Se casó en 1990.

Aquí sigue celebrando sus aniversarios, cada 1 de noviembre, y para la ocasión se pone guapa con el contorno de ojos doble sérum.

Aquí se ha plantado, y aquí sigue regando el árbol de la vida, de las vidas.

Dice: «En esta casa hemos estado cinco generaciones: en una habitación, els meus avis; en otra habitación, la meva besàvia, y en otra habitación, pares i fills. Ya ves, una casa del neorrealismo italiano».

L'àvia de la Lluïsa, la besàvia del Marc.

La besàvia de la Lluïsa, la rebesàvia del Marc.

En los sesenta, llegaron a convivir ocho personas: Lluïsa y la seva germana, Esther; els seus pares, Emilia y Lluís; la sogra de la mare, Adela; el seu besavi Joan; la besàvia Antònia y la rebesàvia Pepa.

La obra nueva de Otger, 10-12, la ejecutó la empresa Egnatia Capital («*Viviendas pensadas para adaptarse a estilos de vida muy diversos*»).

El Boletín Oficial del Registro Mercantil publicó la fusión de las empresas Egnatia Capital y Obsidian Capital, en noviembre del 2023: «...los Socios de Egnatia Capital, S. L., y de Obsidian Capital, S. L. U., [...] aprobaron por unanimidad la fusión por absorción de las sociedades Egnatia Capital (sociedad absorbente) y Obsidian Capital (sociedad absorbida)».

Obsidian Capital abre así su página web: «*Africa. Is the Future. We are building it*».

Promotor inmobiliario sin rostro, amasa el dinero suficiente como para seguir haciendo más dinero. Se entiende: cuánto más, más.

Hace un año, la «*principal investment firm*» Egnatia Capital finalizó la construcción del bloque de cuatro plantas en la calle de Otger, 10-12. Nuevos vecinos de la casa de Lluïsa. Aún no les conoce.

El seu fill, Marc Montalà, ahonda en ello: «Desde el terrado podíamos ver la iglesia de Sant Andreu de Palomar, porque el terrado del garaje original estaba a nuestro nivel, pero a medida que fueron elevando plantas íbamos perdiendo vistas...», declara, y redunda en aquello de que no se puede participar con plenitud estando lejos: «Se pierde tejido asociativo. Yo no puedo participar en el barrio si no vivo en el barrio, por eso, poco a poco, vamos hacia una lenta desconexión...».

En la lona publicitaria que se colgó en el andamio Omega, la fototipia de un diseño nórdico, blanquecino, evanescente, con mesas y sillas que parecen de mentira. Y estos datos: «9 viviendas · 46 párquings · 9 trasteros».

Todos los apartamentos se han vendido.

En «Más información», en [egnatiacapital.com](http://egnatiacapital.com): «Otger, 10-12, es un proyecto definido por su integración arquitectónica dentro del casco antiguo de Sant Andreu y por la intencionalidad de cubrir las necesidades más demandadas de los ciudadanos del barrio».

Un escrito que se termina con esta frase que suscribiría el auténtico Ignatius Farray: «Adaptado a facilitar las comodidades que exige la vida moderna».

La referencia valdría igual para la casa de Marc-Lluïsa-Emilia-Antònia y Pepa.

Con más de cien años de historia, *«Otger, 14, es un proyecto definido por su integración arquitectónica dentro del casco antiguo de Sant Andreu»*.

Otger, 14, y casco viejo son sinónimos.

Reportero Jesús se ha puesto en contacto con Egnatia Capital para conocer su versión sobre los daños causados en Otger, 14, como consecuencia de la cimentación del edificio lateral, según la revisión de daños que hizo la perito que se cita en el burofax.

Aún se espera respuesta. El teléfono 6677... no lo coge nadie. Los pisos recién levantados en Otger, 12, se incluyen en el «top de ofertas de promociones en Barcelona».

De [obrasnuevas.com](http://obrasnuevas.com): «El barrio de Sant Andreu de Palomar es valorado por su carácter e identidad, sin duda heredada de más de mil años de historia».

En un anuncio: «Piso en la calle de Otger, en Sant Andreu de Palomar, en Barcelona. 410 000 euros. 3 habitaciones. 2 baños. 86 m<sup>2</sup>».

La obra que comenzó en el 2020, que duró unos dos años, causó una grieta tan larga como el Nilo, que corre de sur a norte.

Semejante al jugo del alpechín, el líquido fétido que da la aceituna, La Grieta parte en dos el tabique del cuarto de Lluïsa. Un tajo en el centro del dormitorio, en la arteria intercostal, con el grosor de dos centímetros en algunos sectores, las aguas del Mar Rojo a punto de separarse por el cabreo de Moisés: «El Señor, por medio de un fuerte viento solano que sopló toda la noche, hizo que el mar retrocediera».

La Grieta se inicia en las miasmas del Hades, en el subsuelo, en los cimientos abiertos por Egnatia Capital, la vergüenza de las rocas volcánicas que llevan el nombre de la estirpe.

De «Mariposa de obsidiana», del poeta Octavio Paz: «En mi ombligo el remolino se aquieta: yo soy el centro fijo que mueve la danza».

El ajeteo con las excavadoras provocó el tembleque en la casa de ciento veintipico años.

La finca limítrofe era un garaje y ahora son viviendas.

Con esas obras del 2020 empezaron las grietas, que se entronizaron en el terrado.

La borrasca *Gloria* agravó los desperfectos de Otger, 14, en enero del 2020. La pared se resquebrajó aún más.

«Tenga la decencia de venir y véalo.»

Según Lluïsa, cuando se quejó al casero, Gabriel Ribó, la esposa de este, Rosa Maria Palau, banalizó los daños. «Estas grietas también me salen en casa, yo aún las tengo más grandes», se despreocupó.

Lluïsa contestó: «Sé que esto es suyo, pero és casa meva».

Le oyó decir: «Sale más a cuenta tirar la casa que no hacer reformas».

La Grieta se inicia en el subsuelo, en los infiernos de Otger, por entre las cloacas, y trepa por la entrada principal, junto al picaporte de la puerta.

Ya se ha desprendido la pintura decorativa amarillo amanecer, el ocre con el que se han coloreado los bajos.

Hasta la casa de la familia Flaquer, La Grieta sortea los 22 escalones repartidos en tres tramos, como si cogiera el ascensor, porque dibuja una línea recta, se encarama como la canción *Clementine*, de Sarah Jaffe. Se traga cualquier estructura compacta. Sin mediar palabra, se mete en la cama de matrimonio. Aplaca el cabecero, no se detiene y echa chispas hasta el techo sin claraboyas, con ramificaciones por las cornisas que conforman un cuadro de cubismo sintético.

Igual que el cohete *Starship*, salta dando tumbos, dando trompazos, y abre brecha en la almohada plana de percal, en los dos almohadones de espuma de goma y en el cojín con hojas de arce rojo.

La Grieta se agarra al terrado, incombustible, y como un rasgamiento imbruglio, se recrea en su proeza.

La Grieta figura en el burofax de marras que firma Gabriel Ribó, y que le da la razón: «Analizadas por el técnico, el motivo de la aparición de estas fisuras y grietas determina que es un combinado de diferentes factores, tal como: fallo del vínculo entre paredes por el material de constitución de las mismas,

de poca solidez; por la repercusión de las obras de la finca paredaña, de nueva construcción...».

La Grieta ruge, no se acobarda, y demanda más sacrificios en la piedra Cuauhxicalli, en la pirámide azteca en la que se ha convertido la casa más que centenaria de la familia Flaquer.

El propietario de Otger, 14, Gabriel Ribó, reside en Matadepera (Barcelona).

No atiende las llamadas.

Sus abogados, que son sus sobrinos, regentan el despacho Maeso Gesti Advocats Associats, en Sabadell.

No contestan los mails.

La chica que coge el teléfono: «No me han dado permiso para pasarte con la persona que corresponde».

La única que no se calla es Lluïsa, que se explaya: «Pagamos 54 euros mensuales de alquiler, contrato verbal de renta antigua.

El contrato no lo conservamos, pero guardo como oro en paño un recibo del 1 de octubre de 1948. La propiedad nunca se avino a adecuarlo al precio de mercado».

El piso de al lado cuesta más de cuatrocientos mil euros.

Las hipotecas, una barbaridad.

Los alquileres de Sant Andreu han subido a más de mil euros mensuales.

Cuando suena el timbre, Lluïsa baja por unas escaleras que pueden llegar a ser tortuosas para una señora mayor.

Roger Ramírez, vecino de la infancia, se interesa por las novedades.

Ya de pequeños, jugaban en la misma callejuela semipeatonal.

La madre de Roger regentaba la papelería Paperam, enfrente de la copistería a la que Lluïsa dedicó tantas horas.

«Esta gente lo que quiere es que salgas de aquí», afirma

Roger, impulsor de la iniciativa Posa't Sostre Barcelona:

«Defendemos el derecho a la vivienda dando apoyo técnico en la identificación de problemas estructurales y constructivos»,

proyecto asociado al Sindicat d'Habitatge de Sant Andreu («Contra l'especulació»).

El Sindicat ha emitido una nota con el *hashtag* #NoMarxem.

Alerta: «Procederán a derribar la finca y rescindir el contrato de alquiler que todavía tienen vigente...».

La Lluïsa incide en el derecho de «no ser expulsadas de nuestra casa», y se planta: «Jo vull continuar vivint aquí» (Quiero continuar viviendo aquí).

Empatiza Roger y se dirige a este reportero con un movimiento de cabeza que asiente: «Sí, es la única casa de las antiguas que queda en la calle, ya las demás las tiraron».

A la mente se le vienen las impresionantes casas clavo chinas (*nail houses*), que encarnan la resistencia de quienes se niegan a abandonar sus hogares por mucho plan de desarrollo que les afecte.

Los chinos también sacan la mala uva de vez en cuando.

En el recibidor, junto al paragüero, el mueble con las lecturas de contrabando, algunas ediciones de coleccionista y la *Gran Enciclopèdia Catalana*, que ya ha incorporado la patata caliente de la actualidad: «Desnonament: Significació feta per un amo a un llogater que, a l'expiració d'un termini fixat, ha de deixar la casa, l'habitació, etc, que li tenia llogada» (Desahucio: Significación hecha por un dueño a un inquilino que, expirando un plazo fijado, debe dejar la casa, la habitación, etc, que le tenía alquilada).

Roger y Lluïsa se conocen desde hace tanto, que sus casas, en lugares no tan distantes, ya son casas hermanadas.

Él le pregunta a ella por las grietas, si estas han avanzado más desde la última vez que se vieron.

Lluïsa resalta la obviedad: «Este tajo no estaba antes de las obras en el solar próximo».

La inmobiliaria Egnatia Capital encargó la edificación de Otger en pleno confinamiento.

La empresa constructora, Abolafio Construcciones (Abl Group), también guarda silencio y no contesta los correos de este reportero.

Llamada a ABL Group: 93845...: «El número que has marcado no existe».

Las caras se reflejan en el espejo de un aparador estrecho, caoba o teca. Un espejo con marco de óleo decimonónico, un espejo Fortuny o un Delacroix ovalado. En el cuarto de Lluïsa, La Grieta choca contra la bombilla colgante de las que vende Maisons du Monde.

La Grieta que trepa por la habitación de Lluïsa se enrosca en el espejo, hasta el punto de que el cristal teme por su integridad. La Grieta juguetea con los tacos de los muebles y se prepara para seguir ascendiendo, con la intención de coronar el terrado, el K2 de Sant Andreu.

La Grieta se esfuma y resurge en el recibidor.

El recibidor da la bienvenida, el dique en el que el forastero y el lugareño se dan la mano, pactan la cortesía en el intercambio de bondades.

La puerta de la casa de Lluïsa, recubierta con paneles, esconde la mirilla que ha visto pasar a los milicianos, a la guardia civil, a los cobradores de Santa Lucía, a los encuestadores y a los testigos de Jehová.

La casa de Otger, 14, la casa clavo de Sant Andreu, resiste pese a los embates de los *fondos buitres* y sus artimañas, y pese a las triquiñuelas legales de las firmas devoradas por la dinámica del *Adiós, papá*, de Los Ronaldos: «Más dinero».

El investigador de la Universitat Autònoma de Barcelona Carles Donat, en su artículo «La gentrificación y el problema de la vivienda en Barcelona», escribe: «La población que vive en una vivienda de alquiler a plazos se ha incrementado hasta el 30%, mientras que la que vive de alquiler de renta antigua ha disminuido de manera muy notable para situarse en el 6,1%». El historiador y vecino de Sant Andreu de Palomar, Pau Vinyes, da su opinión: «Sacar a esta familia de su casa sin procurarles una salida digna es un disparate».

El portal inmobiliario Idealista.com (*«Te quiero mucho, pero necesito mi espacio»*) trata las casas clavo con algo de exotismo, como un hecho curioso: «En China se las conoce como casas clavo, porque son las únicas que permanecen ancladas al suelo tras un derribo. Son el ejemplo viviente de la resistencia de algunos propietarios contra el alocado desarrollo inmobiliario que vive el país asiático».

La casa clavo de Barcelona se encuentra en Sant Andreu.

Lluïsa: «En las noticias han salido unos señores que están viviendo en un edificio. La Generalitat dice que está en ruinas y que tienen que marcharse de allí. La gente que les defiende dice: “Tú sacas a una persona de aquí y no solo la echas de su casa, sino de sus raíces, de sus recuerdos. Como si troncharas un árbol”».

Último *post* en la cuenta de Lluïsa, en Equis (antes Twitter): «És dur que et vulguin fer fora de casa. Si em podeu ajudar a fer-ne difusió us ho agraria. La mare i jo no marxem!!!».

Lluïsa participa en el Agrupament Escolta Jaume I, fundado en 1955 («*Som la hòstia, fem merder*»). Desde siempre, ha estado ligada a las asociaciones.

A su manera, ataca los ochomiles que el pare dejó a medias, para así romper el techo de cristal.

En el salón luce una de estas lámparas de cristal de sal del Himalaya.



Un día de estos llevará a la mare al bufé japonés Shokudo, en la plaza de Orfila, porque se lo han recomendado y a ella le chifla (tempura de pollo con almendra, sashimi de salmón y yakisoba con ternera).

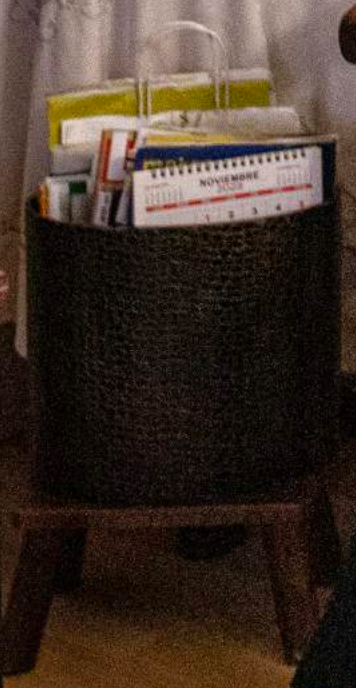
Ideas para la gastronomía brutal de Marc Ribas.

Lluïsa representa la cuarta generación.



Oraldine







# 3. Emilia Garcia

## L'àvia / La abuela

BUROFAX: «Las grietas exteriores de la fachada se deben a diferentes factores: las acciones de repercusión de la nueva construcción vecina...».

Emilia Garcia (Barcelona, 1933) se entretiene con los programas de cocina. Por las tardes, entre las tres y las cuatro, se sienta en el comedor, tocando la cocina, un probador alargado, suficiente para inventar los platos que no acaparan la atención mediática.

Emilia cumplió 90 años el pasado 13 de octubre, y les seves filles y els seus nets lo han festejado, han comprado globos en forma de números, plateados, brillantes, cargados de helio. Globos de Partylosophy.com («*Love to celebrate life!*»).

Emilia se pone *Cuines*, en TV-3. Hoy el *madxef* Marc Ribas enseña cómo preparar sopa d'ametlles i safrà (sopa de almendras y azafrán): «Esta receta ya la hacían en la Edad Media, pero ya verá que añadiremos alguna elaboración muy moderna».

Este reportero se coloca delante de ella, la interrumpe en uno de los mejores momentos del día.

Con la mirada le indica que se aparte.

—¿Qué es lo que está viendo en la tele?

—La cocina.

—¿Le gusta cocinar a usted?

—Ahora ya no.

—¿Cuál es su plato preferido?

—Todos.

—Pero ¿uno en especial?

—No em ve al cap.

Sentada enfrente de los jarrones, de las matriuskas, del busto de Lord Shiva, de la mesa con hule florido y amapolado, Emilia se arrumba en su sitio ideal, alejada del televisor LED 50 los metros previstos para que las luces navideñas de la pantalla no la deslumbren. Vestida con bata larga, protegida la garganta por un cuello bebé de piqué, ella tironea la mirada para cerciorarse de que la seva filla, que la cuida, ronda cerca. Mentón sobresaliente, ojos de autillo, viento garbí.

Noventa años le proporcionan un retrovisor consistente que le sirve para agradecer la llegada de cada primavera.

—¿De qué se acuerda de cuando era pequeña?

—De cuando el pare estuvo en la guerra y vinieron los nacionales y ma mare les hacía la comida.

—¿Venían aquí los soldados?

—Sí, venían, y me trajeron una bicicleta.

—¿Por qué venían los soldados?

—No ho sé, no me'n recordo.

En la década de los cuarenta, la mare de Emilia, Antònia, acogía «gent a dispesa» (en hospedaje): les hacía la colada, les planchaba, les cosía los botones...

Para salir adelante.

Los perdedores no tenían opción.

Emilia farfulla los nombres de los comercios históricos ya desaparecidos: una camisería, una vaquería, una tocinería... Y otros que sobreviven: Can Rusca, de 1906, con ropa de señora y que cubría las necesidades más perentorias («*Se confeccionan y colocan cortinas*»). Y la Impremta Baltasar, de 1861 («*Diseño gráfico, offset, tipografía, troquelados, reclamos publicitarios...*»). En el escaparate de la imprenta, juegos de escritorio, brújulas y globos terráqueo.

O Can Tur, que desde 1888 corta el pan de pagès...

«Delante del parque había una cuadra, cerca de la casa de citas Can Rabatxol.»

Se levanta y va a su habitación, camina erguida y los pies se le remueven como las góndolas, con un contorno asimétrico o una curvatura longitudinal.

El cuarto de Emilia, como el cuarto de Herminia (María Galiana), podría usarse en el set de rodaje de *Cuéntame...* o de *EastEnders*.

Una cruz de mesa de plata y la tabla *La Madonnina*, del pintor italiano Roberto Ferruzzi.

El comedor social de Navas, en la avenida de la Meridiana, se llena los fines de semana con la franja de la precariedad: de los pensionistas a los sintecho, el nivel superior de los simpapeles. Ochenta años atrás, en otros comedores sociales que podrían incluirse en el *Expediente KDO*, Emilia Garcia, que no llegaba a los diez añitos, acudía a los puntos asistenciales de la

Delegación Nacional de Auxilio Social: el comedor infantil en la calle de Pons i Gallarza, 56, donde hoy crecen los mandarinos. Falange Española de las JONS tendía en los portales el yugo y las flechas. En el fondo se trataba de una copia de los nazis, del Winterhilfswerk des Deutschen Volkes (Auxilio de Invierno del Pueblo Alemán).

Sant Andreu de Palomar se igualaba al Londres de Dickens.

El historiador Francesc Espinet, a quien este reportero tuvo como profesor en la Universitat Autònoma de Barcelona, escribió en el artículo «Barcelona 1941-1942 (segons els informants falangistes)»: «A través de los escritos que analizamos se nos presenta una sociedad dominada por una profunda miseria material, miseria que obliga [...] a los hurtos de comida de todo tipo, de patatas a aves de corral, de fruta a conejos, etc., por parte de una población hambrienta, incluidos los niños».

Pintada en la biblia: «Si ves a alguien robar comida, no has visto nada».

La nonagenaria Emilia recuerda bien las penurias de una niña que jugaba con cajas de cartón: «Le caí en gracia a una señorita y me daba los mejores platos».

En la casa de Otger se le helaban los pies, el frío inmisericorde que atizó al periodista televisivo Àngel Casas, autor de *Fred als peus*, que remite a la posguerra «fría y gris».

Frío en los pies, frío en las manos, en los dedos, en los metacarpios, frío en las lumbares, en la cadera, en los riñones, en el dolor de muelas... Frío cuando el cambio climático ni se preveía.

Hoy, la propiedad de Otger, 14, prohíbe a los inquilinos instalar gas natural. Por eso han de subir las bombonas de butano por las escaleras de hormigón. Veintidós peldaños.

Emilia y el seu germà, Josep, *Pepitu*, iban al comedor infantil de Auxilio Social, cogidos de la mano, con más hambre que la de los refranes populares: «A buena hambre no hay pan duro...».

El lema *fake* con el que el Generalísimo Francisco Franco empapelaba España: «Ni un hogar sin lumbre, ni un español sin pan».

En la fraternidad de la marmita, en la sala, frente a la mujer de azul y delantal blanco de la Sección Femenina, el diálogo podría haberse desarrollado tal que así:

—Niña, ¿te gustan las lentejas?



—Sí.  
—¿Qué más te gusta?  
—Todo.  
—¿Por ejemplo?  
—No sé, no me viene a la cabeza.  
—Pobrecita mía, ¿lo habéis pasado mal con esos demonios comunistas?  
—...  
—Tú come, que ya no vendrán más esos malnacidos, Dios nos libre.

El germà, Pepitu, moriría de cáncer a los 36 años. Desde 1936, se alojaban en Otger, 14. En 1957, Emilia se casó con Lluís Flaquer (Barcelona, 1925-1978), hombre de letras mayúsculas, de prefectos, de retos para los que medrar estaba vedado. Lluís, fill de Adela Remolà (Barcelona, 1898-1971), no cruzaba los dedos, no permitía que nadie se entrometiera, no se ofuscaba como los gorilas se golpean el pecho, no faltaba a la palabra, no se amilanaba porque no se rendía. Fumaba con apostura, con la gallardía del actor Jorge Rigaud, que en *El día de los enamorados* (Fernando Palacios, 1959) se ganó el título de «el Gary Cooper español». Se conserva el encendedor Silver Match con sus iniciales: LL. F. Aficionado a la fotografía, montó su propio estudio en el terrado. Adquirió una ampliadora. Un año después, falleció, en 1978. Lluís tenía 16 años, y aún le idolatra: «El meu pare era una persona muy inquieta y multidisciplinar. Le gustaba la fotografía (herencia del pare), tocaba el violín, había estudiado solfeo. Se interesaba por aprender dibujo y pintura, e incluso se atrevió a estudiar inglés. El primer televisor que entró en casa lo hizo el meu pare con ayuda de un buen amigo que se dedicaba a este negocio. Soldaba, hacía pequeñas cosas de carpintería».

La pareja se marchó tres años. En Otger se quedaron els pares y el germà. Pero luego volvieron, cuando enfermó Josep, el germà de Emilia, el tiet de Lluís. Emilia decidió volver para no dejar solos als pares, Joan y Antònia, y a la seva àvia, Pepa. Emilia Garcia ha cocido las costillas a la bilbaína, recetas sabrosas que le han sido transmitidas.

En la nevera de blanco antártico, los imanes con la partitura de los viajes, como el de Granada, que lleva por leyenda la frase del poeta mexicano Francisco de Asís de Icaza: «Dale limosna, mujer, que no hay en la vida nada como la pena de ser ciego en Granada». Y la reproducción en chiquitito del óleo sobre tela *Chicos en la playa*, del luminista Joaquín Sorolla. Y una composición rojazulamarilla de Piet Mondrian.

La nevera, con su penumbra y su textura, podría haber sido esbozada por el pintor realista Antonio López.

Emilia se ha arremangado, ha fregado platos, ha roto platos, ha apuntado en una lista las cosas que obtener en el Mercat de Sant Andreu, en la plaza del Mercadal. Ha suspirado, se ha enfadado, ha tripulado, ha levitado, se ha quemado, se ha escurrido como un antideslizante o un coagulante o un Fairy concentrado. Ha cantado, ha llovido, se ha mordido, ha propuesto mejoras, se ha roto la espalda. No ha parado. Ha reído y se ha puesto seria, con o sin invitados.

Su marido, Lluís, la atendió, la besuqueó y la respetó.

En la galería, los ventanales o la celosía con los vitrales de la catedral de Westminster. Aquí Lluís se despejaba. En cada palmo de la galería, de escasos metros, aire azul, y un lavabo y una pica triangular de piedra encajada en un frente de azulejos con la cruz de Santiago en verde.

La galería, el vestíbulo de los pasos perdidos, atempera, temple y distiende.

No se ha tocado nada en la casa de Otger, 14, la distribución se ha mantenido intacta durante décadas, como un baluarte, una atalaya y una fragata.

El pare de Lluís, Joan Flaquer, dejó constancia de los pormenores de la sociedad en una serie de diarios personales que se remontan al siglo XIX.

De tapa dura o cartoné, páginas pautadas, sin cierre elástico. Comienzan con un preámbulo, anotaciones sueltas y sin fechar en muchos casos, y con una caligrafía esbelta, estilizada, entendible, impecable, impoluta..., la más bonita de las letras. Del preámbulo: «Durante mucho tiempo por las noches, al abandonar mi cabeza sobre la almohada, en espera de que Morfeo se apoderara de mi ser para trasladarlo, meciéndolo en sus brazos, a las incógnitas regiones de su reino, por mi imaginación deslizábanse como vagos fantasmas algunos recuerdos de mi vida, unos risueños y otros impregnados de un triste sabor...».

Algunas de las entradas corresponden a los días de la Setmana Tràgica (julio-agosto de 1909), cuando él era un chavalín de ocho añitos.

En el diario rememora cómo su madre iba a comprar al Born y se topó con los disturbios, las barricadas y los incendios de conventos.

La parroquia de Sant Andreu de Palomar, en Meet Barcelona: «Durante la Setmana Tràgica (1909), los sublevados incendiaron el altar mayor, el órgano y los altares de madera de la iglesia. Con bancos, confesionarios y otros objetos formaron una hoguera que ardió durante treinta horas bajo el centro de la cúpula».

El pare del sogre de Emilia, Genís Flaquer, procedía de Parets del Vallès, en la provincia de Barcelona.

La progresista Lluïsa Flaquer, la neta, pensará: «La primera emigración es la emigración del pare de l'avi, desde Parets del Vallès hasta la ciudad de Barcelona».

La sede de Abolafio Construcciones, los de Otger, 10-12, se encuentra en Parets del Vallès, aunque según las pesquisas realizadas ya no están en activo: «Cerrado temporalmente. En liquidación».

Hoy, los diarios personales de Joan Flaquer se conservan en el segundo estante del aparador, en el saloncito con los *objets trouvés* del Marché aux Puces de París Saint-Ouen.

«Son mis joyas», bendice.

Con un nivel competente de francés, Lluïsa desliza bajo la mesa la siguiente propuesta, en relación a la seva mare, de 90 años: «Dos veces por semana viene alguien del Ajuntament para ayudar a ma mare, y luego yo he contratado a alguien para que venga otros dos días. Cada día hacemos algo de ejercicio. Necesita sentirse estable, sentirse autónoma. Le quiero regalar un tacataca, pero no sé cómo se lo tomará».

Salen a pasear por la plaza de Orfila, que debe su nombre al médico Mateu Josep Orfila i Rotger.

En la plaza se levanta la iglesia neogótica de Sant Andreu de Palomar, atendida por su rector, mossén Roman, que oficia un servicio rumboso: «Celebración de la palabra» («*Vine i emporta't la llum de la pau per fer-la arribar a tothom!*»). Se acabó de construir en 1904. En la capilla anterior, de estilo románico, tuvo su origen el Corpus de Sang, inicio de la Guerra dels Segadors (1640-1652), la sublevación de los de abajo contra los de arriba.

Durante la Festa Major, que se celebra de finales de noviembre hasta el 10 de diciembre, Emilia i Lluïsa aplauden el cercavila y los Gegants, y el correfoç infantil recorre la calle del Segre, al otro lado del puente japonés.

Cerca, el monolito con la efigie de Ignasi Iglésias (*La llar apagada*), «poeta y dramaturgo, anarquista en lo político», tal y como le hace una semblanza la periodista Anita Brenner, en *Hoy las barricadas. Crónicas de la revolución española (1933-1937)*.

Emilia se apuntó a la Associació de Veïns i Veïnes de Sant

Andreu de Palomar (*«Volem construir un Sant Andreu millor i, encara més, proper als veïns»*).

El presidente de la entidad, Miquel Ruiz, se muestra diplomático: «La propiedad de Otger, 14, debería buscar la mejor solución para que ellas continúen en el poble, porque esto es un poble. El Ajuntament tendría que poner de su parte».

El consistorio no responde los correos.

Emilia trabajó en la joyería Ricart, en Gran de Sant Andreu, 252.

Emilia Garcia representa la tercera generación.











# 4. Joan Garcia

## El besavi / El bisabuelo

BUROFAX: «Tejas deterioradas: algunas rotas, debido a las obras en la finca colindante...».

El besavi de Marc Montalà, Joan Garcia (Sabadell, Barcelona, 1902-Barcelona, 1987), subía al terrado, tras otros 19 escalones delineados a la perfección; los aparejadores del siglo XIX medían los planos con mayor conocimiento de causa, con eso que se llama «correcta ejecución de la disposición de los elementos constructivos».

El terrado da al patio interior, una manga ancha de veinte metros de eslora por cinco de ancho. Desde los tiempos de la regencia de María Cristina, en ese polígono equiangular crece un olivo y crece un limonero, y una fuente surtía de agua. Los restos de un lavadero comunitario muestran la loza catalana, el azul de Besalú, azul voluptuoso como la porcelana Pickman. El lavadero hervía de gente cuando Antoni Gaudí ayudaba en el diseño del embaldosado de la iglesia de Sant Pacià, mosaicos realizados mediante la técnica del *opus tessellatum*.

A la fuente del interior de la finca, catalogada por el Departament de Patrimoni Arquitectònic Històric i Artístic, se accede por la entrada de la Òptica i Audiologia Universitària, en Gran de Sant Andreu, 254. Ya no sale agua. El *trencadís* que la viste data de 1932.

Anuncio en el periódico de hoy: «Historias de la metrópoli», de la Xarxa Metropolitana de Patrimoni, la serie de *podcasts* que hará que descubras el patrimonio del área metropolitana de Barcelona: «Mediante estos relatos podrás vivir los eventos culturales, sociales y políticos más relevantes de nuestras ciudades que tuvieron como escenario edificios y parques que ahora forman parte de nuestro día a día».

La casa de Otger no se diferencia tanto de las de la calle del Pont, adquiridas por el Ajuntament de Barcelona por su especial relevancia (nivel C, bien de interés urbanístico).

«...para poder hacer la venta de una parte de su finca, el propietario lo que ha hecho es una división de la parcela, segregando la finca de Otger de Gran Sant Andreu (totalmente legal). Entonces ¿qué ocurre indirectamente? Que la protección C es por la casa de la calle de Gran de Sant Andreu y la de

Otger ya no tiene ninguna protección», explica el historiador y arqueólogo Jordi Petit, miembro del Centre d'Estudis Ignasi Iglésias.

El terrado de Otger, paredaño al tejado del cine Atlántida, ya inexistente, cuyos resguardos de taquilla constaban de los datos de la burocracia estatal («localidades», «entregadas», «numeración», «devueltas», «vendidas», «precio»...).

En el murete, con la sombra echada hacia la techumbre de uralita de las sesiones dobles, se conserva una fotografía de los años cincuenta: la rebesàvia Pepa, les germanes Antònia y Rosita, y Joan, tocado con la boina alpina, la boina de las Brigadas.

Se le ve contento, con la mirada pícara del maestro que prometió el mar, Antoni Benaiges. Colosal de estatura, los hombros rectos, almidonados por las refriegas; suéter con cuello de pico, camisa alargada y de corte ajustado, un traje de dos piezas ancho, esplendoroso, de corredor fondista, un Zátopak embutido.

La foto, en blanco y negro, permanece en el álbum de rayas con hojas adhesivas.

El besavi Joan Garcia armó un cuartucho en el terrado, una casa de muñecas o la casa del árbol. En su escondite, se abstraía del ruido, que por crecer en intensidad, le laminaba. Aquí los cazatesoros darán con la metoposcopia de la mejor de las recompensas: un silbato de ferroviario o de marinero o de centinela en las torres de vigía; un mechero con la rueda gripada y la máquina de escribir Olivetti Studio 44, turquesa, en perfecto estado de funcionamiento. Y un violín considerado pariente de los que el lutier Florian Hertzch fabricaba a mano en Alemania.

En los años venideros, el seu gendre, Lluís, el pare de Lluïsa, montaría un estudio fotográfico, pues se había aficionado a las cámaras Leica, Minolta o Zenit, y a las cortinas de tul, se había aficionado a conspirar con sales de plata para configurar los carretes. Del sogre, Joan Garcia, heredaría una Voigtländer con funda de cuero marrón.

En los años que vendrían, la niña Lluïsa aprendería lo que es abrir el diafragma del objetivo y, como contraprestación, mamaría las matemáticas bajo la supervisión del avi, que nunca contaba batallitas, nunca hablaba del conflicto bélico que partió en dos España.

Socialista por las mismas fases del duelo (negación, ira, negociación, depresión y aceptación), el avi se enfrentaba a la realidad de cara, sabiendo que los nudos se pueden deshacer si uno le pone empeño y coraje.

Los nudos y los nodos difieren entre sí.

La tarde de 1981 en la que el teniente coronel Antonio Tejero, al mando de unos doscientos guardias civiles, asaltó el Congreso de los Diputados durante la sesión de investidura de Leopoldo Calvo-Sotelo, el avi corrió a buscar a la neta, temeroso de lo que pudiera ocurrir, el regreso al pasado más retrógrado. «Quan pleguis de la feina, cap a casa!», conminó a Lluïsa, aunque la joven, que por entonces ya era una adolescente, se juntaría con los amigos en el bar Versailles (antes Le Petit Versailles), bajo las estatuas de la libertad de la barra que sostienen lámparas noucentistes, en la plaza del Comerç. Iría al Versailles para escuchar mejor el tableteo de las ametralladoras.

...En la denominada noche de los transistores.

La radio de Joan no tiene diodos ni antenas, ni válvulas ni circuitos como los misiles balísticos de la era nuclear. Simple transistor Six Sony, con roces y manchas por el uso prolongado. Sintonizaba con el locutor que retransmitía el partido del Barça. Culé, Joan Garcia disfrutaba de la alineación Kubala-Moreno-Manchón.

Ya no existe el cine Atlántida, que en los años de la guerra programaba documentales para ensalzar el ánimo (*Madrid, tumba del fascismo*).

Se entraba por Gran de Sant Andreu, 144.

Hoy, en lugar de sueños, pisos.

«Entonces no había las viviendas de ahora», dijo el padre de este reportero en una ocasión.

Desde los inicios de la industrialización, cuando los vapores amenazaban el firmamento con sus chimeneas de ladrillo, los terrenos de Sant Andreu se desligaron de los campos y las rieras. Las fábricas se erigían donde antes se recolectaban repollos blancos de hojas prietas.

Los obreros se arremolinaban en torno a la Fabra i Coats, compañía anónima de hilaturas y capital británico; la compañía automovilística Hispano-Suiza y La Maquinista Terrestre i Marítima, que producía material pesado y componentes para locomotoras.

Solo quedan las placas conmemorativas. En los Jardins de les Dones de la Motor Ibérica, junto a la parroquia de Sant Andreu de Palomar: «A les dones dels treballadors en vaga de la Motor Ibérica que el juny de 1976 es van tancar durant 28 dies a l'església de Sant Andreu de Palomar per donar-hi suport. Totes elles són exemple de dignitat obrera, solidaritat i suport mutu» (A las mujeres de los trabajadores en huelga de la Motor Ibérica que en junio de 1976 se encerraron durante 28 días en la iglesia de Sant Andreu de Palomar para apoyarles. Todas ellas son ejemplo de dignidad obrera, solidaridad y apoyo mutuo).

Joan Garcia engrosaría la nómina de La Maquinista, ubicada en la Barceloneta, y de la que solo pervive el arco de triunfo de su entrada.

Siendo más joven, se había imbuido del pensamiento anarcosindicalista, que propagaba La Idea para redimir al proletariado.

En los años treinta, Sant Andreu de Palomar se llamaba Armonía.

Supuestamente, Joan participó en las jornadas revolucionarias de julio del 36, cuando el Ejército acuartelado en el protectorado de África se rebeló contra la Segunda República. En aquellas horas febriles en las que la democracia de las urnas pendía de un hilo, las masas tomaron las casernas de Sant Andreu, en el paseo de Torras i Bages, hoy reconvertidas en pisos de protección oficial, «nuevos usos residenciales».

Lo primero que hicieron los cenetistas, apoderarse de los casi treinta mil fusiles máuser 1893, junto con mosquetones y carabinas.

Las casernas, acondicionadas como centro de reclutamiento, se rebautizaron con el nombre del cantonista y miembro de la Primera Internacional Fermín Salvochea.

El joven Joan se presentó voluntario, ilusionado por el mundo nuevo que latía en su corazón.

Se sacó el «carné de identidad» de la Confederación Nacional del Trabajo.

Rellenó los espacios en blanco: ramo, sección, fecha de ingreso...

Combatió.

Esquivó las bombas. Titular del nacionalista *El Faro de Ceuta*, del 8 de julio de 1938: «Nuestra aviación bombardea las fábricas de material de guerra de San Andrés de Palomar».

Del proyecto de memoria histórica del Ajuntament de Barcelona: «El atardecer del 11 de enero de 1938, una bomba lanzada por la aviación fascista, aliada de los franquistas, causó la mayor masacre de la Guerra Civil en Sant Andreu, en aquellos tiempos Armonía de Palomar. Cayó en la esquina del paseo de Fabra i Puig (que durante la guerra tomó el nombre de Joan Garcia) y la calle de las Monjas (Elisa Garcia durante la guerra). En este fatal bombardeo murieron diez personas». Joan perdió.

Y padeció en sus carnes la realidad de la sentencia que el existencialista Albert Camus dejó caer como un jarro de agua fría: «Fue en España donde mi generación aprendió que uno puede tener razón y ser derrotado, que la fuerza puede destruir el alma y que, a veces, el coraje no obtiene recompensa».

Dio con sus huesos en el penal de El Dueso, en el municipio cántabro de Santoña, un engendro napoleónico propio de la «arquitectura de hierro».

«Solo te digo que había un capellán que no nos dejaba respirar», le susurró Joan a la seva neta, Lluïsa, en una de las ocasiones en las que esta le apremiaba para que diera rienda suelta a sus recuerdos: «Avi, cuéntame, que si no se perderá todo contigo».

Ni él mismo supo cuánto tiempo recaló en la cárcel, alimentándose a base de mendrugos de pan, aterido, impactado por las sacas que de noche vaciaban las celdas

de cuerpos flácidos, cuerpos con las funciones musculares paralizadas antes de darles el último paseo.

Reintegrado a la vida civil en Sant Andreu, depurado de ateneos libertarios, Joan se empleó en La Maquinista, en el sector de la siderurgia.

Se fue a la casa materna, en Otger, 14. Su madre, Pepa, le cuidó para que se restableciera, tarea ardua en una ciudad castigada y de cartillas de racionamiento, en una posguerra más tortuosa que la guerra inmundada.

Se casó con Antònia Padreny (Barcelona, 1901-1983). Los dos se aposentaron en Otger. La pieza que ocupaban, donde hoy duerme Lluïsa.

Entonces no había ninguna grieta, ninguna hendija les quitaba el sueño. En 1963 se hicieron reformas de uso. Y en 1989.

Se conserva a buen recaudo el recibo número 5652, con fecha 1 de octubre de 1948: «Casa número 20 [hoy 14] de la calle de Otger, piso 1, propiedad de Maria Baratau. Recibí de D. Juan García la cantidad de sesenta pesetas por un mes de alquiler anticipado de la referida habitación o local que ocupa; arriendo convenido». Sello con el aguilucho.

Cuando Maria Baratau falleció, la cartera de viviendas se repartió entre los sobrinos.

A Gabriel Ribó le tocó la de la calle de Otger.

Joan Garcia representa la segunda generación.







9/06/17







# 1. Pepa Pareja

## La rebesàvia / La tatarabuena

BUROFAX: «En algunos puntos se trata de humedades producidas por filtraciones de agua de la cubierta».

El reloj de carruaje toca cada hora. La caja de latón se ha gastado por eso de los días que pasan y any empeny. Niquelado, con una pobre esfera, tierna, abrazada a los números.

El cristal, biselado.

La marca, como la señal de un diablo con pantalones bombacho: una jota dentro de una estrella.

Detrás del reloj, más libros: las emociones de Khaled Hosseini (*Y las montañas hablaron*), un lloveyou afgano, sin burka.

El reloj perteneció a la rebesàvia, Josefa *Pepa* Pareja, mare de Joan Garcia, el besavi de Marc. Josefa nació como Ignacia Pareja Expósito, en 1878.

Entregada al hospicio, la adoptó un matrimonio de Bicorp (Valencia) y se pasó a llamar Josefa Pareja Banocolocha. Murió en 1968, con 90 años.

Se casó con Josep Garcia Castelló (Valencia, fecha desconocida), fill de Joan Garcia y Rosario Castelló.

Desde 1897, Sant Andreu ya formaba parte de Barcelona.

La iaia Pepa atendía las labores propias de una mujer de su tiempo. Fregaba el suelo, arrodillada, con un trapo humedecido, dale que dale.

En algún momento, compraba en la botica los tónicos habituales.

La farmacia Franquesa («*Velando por su salud*»), celebra sus cien años: «La orla de Joan Baptista Franquesa es del año 1915, con las inscripciones en catalán, [y] muestra una foto de la plaza de la Universitat donde se ve el monumento al Doctor Robert, alcalde democrático de Barcelona en el siglo XIX. Por desgracia, solo aparecían hombres en las fotos, ninguna mujer».

Uno de los refranes que saldría de su boca: «Dona de molts oficis, pobre segur» (Mujer de muchos oficios, pobre con seguridad).

A partir de 1936, la rebesàvia haría la vida en la casa, en la calle de Otger, 14.

Subiría los 22 escalones hasta el primer piso. El vidrio listral 151 daba entrada a la habitación de los besavis.

En la cocina, el fogón de carbón, activo hasta bien entrado el año 2000. Un fogón para que los hornillos ardieran, hiperventilados.

Pepa dormía en la habitación que hasta hace poco correspondía a Marc, l'únic fill de la Lluïsa, tudel de una trompeta. En esta cajuela hoy cabe una litera cooper.

En la siguiente puerta, el lavabo. Las manetas, singulares; una manilla sin roseta, de latón, virginal.

Pepa se acopló a una Barcelona que se engrandecía, que se había dado cuenta de que podía competir mediante exposiciones universales.

Florece La Idea, los panfletos ácratas habían salpicado los adoquines de las tierras urbanizadas, donde antes había huertos y más de cien masías (Can Fabregat, Can l'Estruc, Can Magarola...).

El escritor Eduardo Mendoza, en *La ciudad de los prodigios*: «Onofre advirtió que tanto Pablo como Delfina decían "la idea", como si no hubiera otra».

La rebesàvia vestía de negro, con una chaquetilla de punto calado, la abotonadura negra, y negro el faldón cuadrado, de tachón, borrón, negro como el pozo negro o los tiboires negros. Calzaba zapatillas negras, medias negras, enredadas más que puestas.

Con los pómulos hundidos, la barbilla saliente, los huesos acalambrados, Josefa Pareja juntaba las manos, de venas blancas que se contraponen al luto.

En la galería de cristales manchados, templados, a cinco metros de la cocina, el sol entra como abstracta decoración horizontal, sol atormentado por el relente, el sol de Van Gogh. En mil novecientos y pico, en la resaca de 1888, Pepa hacía una vida retirada, ni entusiasta ni recogida, una vida de mujer que se envalentonaría, que protagonizaría la vaga de las subsistencias, un año antes de la revuelta de La Canadencia.

Por el empedrado transitaban los últimos muleros, los chamarileros, las tartanas, los tílburis, los fiacres, los simones, los landós, los cupés, las calesas, los cabriolés y los carruajes más variopintos.

Ella murió en 1968.

Había dado a un fill, Joan.

El reloj sigue sonando.

Josefa Pareja representa la primera generación de quienes residieron en la casa de la calle de Otger, 14. ■



La Grieta\*, la cicatriz, se adelanta, se abre camino con soltura, no afecta a los cimientos, no afecta sistémicamente a la casa, no amenaza a nadie, aunque se niegan a coserla.

Lluïsa Flaquer, la mare de Marc, la filla de Emilia, sube al terrado para despejarse, «su rincón antiestrés». En primavera, comparte el terrado con las golondrinas, que hacen cenefas en el cielo de mora azul.

«La juguetería de la calle de Banys Nous, en Ciutat Vella, era una cestería. Resulta que la cosina germana del meu pare tenía tienda en la calle de la Palla, donde los mejores anticuarios. Allí he comprado paneras de mimbre para el pescado», evoca.

Otea los pisos que la rodean y se agolpan en su cabeza multitud de postales. Extiende el brazo. Señala: «Esto de ahí enfrente era la antigua ferretería Tort, donde ahora hay pisos. Allí está la farmacia, que hace esquina. Este edificio nuevo era un horno de pan. Esta se conserva, esta no. En cierta manera solo quedamos nosotros».

Vuelve en sí. Se abrocha la chaquetilla.

Según Marc y la seva mare, Lluïsa, les han contestado: «Ustedes no tienen suficiente dinero para comprar esta casa».

Ella se reafirma: «Tengo intención de quedarme a vivir aquí».

Ella no se muerde la lengua: «Juegan con la edad y con el poco o nulo conocimiento de las leyes, pero conmigo han tocado piedra. Si la mare viviese sola, ya la habrían echado».

Según Lluïsa, una manera de hacer acoso inmobiliario es no arreglar nada.

No arreglar=desarreglar.

Desarreglar: «Trastornar, desordenar, sacar de regla».

Letra del burofax\*: «La nostra decisió és procedir a enderrocar».

Letra de *Smooth Criminal*, de Michael Jackson: «He came into her apartment».

Cinco generaciones: el Marc, la mare del Marc, l'àvia del Marc, el besavi del Marc y la rebesàvia del Marc.

De la novela *Moi chez moi*, del guineano Juan Tomás Ávila Laurel: «En Annobón *familia* se dice casa, así que un familiar es alguien de tu casa». ■

\* Grieta: hendidura alargada que se hace en la tierra o en cualquier cuerpo sólido.

\* Burofax: servicio de fax, de valor fehaciente, en una oficina de correos.

14



PP Plana Fàbrega  
902 20 00 00

